

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

Factores endógenos y exógenos en la crisis del PCU (1989-1992).

Lanza Federico.

Cita:

Lanza Federico (2013). *Factores endógenos y exógenos en la crisis del PCU (1989-1992)*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/168>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 20

Título de la Mesa Temática: Comunismos e internacionalismos. Enfoques, problemas y perspectivas en los estudios sobre la cultura política comunista en el siglo XX.

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: García Luciano Nicolás; Petra, Adriana; Saborido, Mercedes

**Factores endógenos y exógenos en la crisis del Partido Comunista del Uruguay
(1989 – 1992)**

Federico Lanza

*Centro Regional de Profesores del Centro (CeRP)– Consejo de Formación en
Educación (CFE) – Administración Nacional de Educación Pública(ANEP)*

Introducción

Desde que el PCU recuperó la legalidad en 1985, al terminarse la dictadura cívico-militar, hasta el desenlace de su crisis en 1992 ocurrieron importantes acontecimientos internacionales que afectaron profundamente a los comunistas uruguayos. Entre estos hechos vale destacar el proceso de la Perestroika, la derrota del FSLN en Nicaragua, la caída del llamado “socialismo real” en el Este europeo, y finalmente el fin de la URSS. No se puede entender el derrumbe del PCU sin el shock externo. Pero los factores endógenos también fueron muy importantes. La razón por la cual el shock externo fue tan demoledor es endógena, es decir, tiene que ver con las características ideológicas del PCU, con su doctrinarismo teórico y su genético prosovietismo. Las dos causas interactuaron y explican aspectos diferentes de la crisis. El shock externo explica el momento del estallido de la crisis y la profundidad de su impacto. Los problemas no resueltos (o mal resueltos) entre 1985 y 1989, sumado a la falta de cultura del debate, explican la estridencia del mismo.

Como lo han destacado los propios protagonistas la dictadura implicó para ellos una revalorización de la democracia al punto de que comenzó a considerarse como un valor en sí mismo y no sólo un medio más para alcanzar una “sociedad más igualitaria”. Esto motivó la decisión por parte del Secretario General Jaime Pérez, y de una amplia mayoría de dirigentes, de erradicar aquellos postulados que más se contraponían con esta visión, como ser el de "dictadura del proletariado". El hecho de que muchos militantes se enteraran del nuevo planteo desde la prensa y de que este viniera seguido de una difusa propuesta de formar una estructura más amplia que diera cauce a una corriente socialista enturbió el debate al ser interpretado por muchos como un cuestionamiento a la historia e identidad cultural comunista.

La literatura sobre la crisis del PCU

En la literatura que ha tratado el tema se pueden observar dos enfoques. Por un lado están los que explican la crisis del PCU más como un resultado de la crisis de los países socialistas del Este europeo que por los factores endógenos, y quiénes, por el contrario, sostienen la preeminencia de estos por encima de la situación internacional. En la primer corriente se encuentran los politólogos Adolfo Garcé y Jaime Yaffé, que han insistido en este punto de vista tanto en las investigaciones realizadas en conjunto como por las realizadas por separado (Garcé-Yaffé:2004; Yaffé:2005; Garcé:2012). Para ambos “la capacidad catalítica del

contexto internacional en la evolución ideológica y programática de la izquierda fue mucho mayor aún a partir de 1989, cuando se derrumbó el 'socialismo real'. Dos años después de haber obtenido la mejor votación de su historia, el poderoso PCU se desmoronó abruptamente" (Garcé-Yaffé 2005:46). Según Yaffé,

a partir de la disolución de la URSS en 1991, la incidencia del contexto internacional en la evolución ideológica y programática de la izquierda fue muy importante. (...) El PCU afrontó una profunda crisis interna de la que sobrevivió absolutamente disminuido en su peso político, social y cultural (Yaffé 2004:85).

Para Garcé

la crisis, que se venía gestando dentro del partido a partir de las tensiones disimuladas (o reprimidas) durante el período anterior, estalló cuando Jaime Pérez instaló la discusión sobre la "dictadura del proletariado" (...), y se fue profundizándose a medida que el "socialismo real" se derrumbaba. (...) El PCU, que había nacido al calor de la Revolución de Octubre e inspirándose en el PCUS, parecía condenado a morir con él (Garcé 2012:225 y 228).

También para el historiador Fernando López D'Alesandro "la sintonía permanente con los objetivos del movimiento comunista y con la URSS determinó el proceso histórico del PCU e inclusive su crisis final" (López, inédito:88).

Entre los que priorizan los factores endógenos sobre los exógenos para explicar la crisis del PCU figuran tanto comunistas (Aníbal Toledo Casanova, Carlos Yaffé) como excomunistas (Juan Pedro Ciganda, Federico Martínez, Fernando Olivari, Wladimir Turiansky). Para Aníbal Toledo Casanova en el PCU se vivió

la confrontación de dos grandes líneas de pensamiento respecto a las perspectivas de la acción del Partido y que 'grosso modo' pueden resumirse en: a)- la disolución de su identidad histórica; b)- reafirmación en: de los principios esenciales de su basamento filosófico/ideológico y de su práctica política (Toledo 2008:207).

De acuerdo al autor "la 'crisis' en el PCU no surge luego de la desaparición de la URSS" (232).

Según Wladimir Turiansky

esta crisis se inscribía en la del movimiento comunista internacional derivada del derrumbe de la URSS y los socialismos europeos, y por su contenido ideológico, trascendía ese marco y terminaba involucrando a todo el pensamiento de izquierda. Pero contenía ingredientes propios (...). Un postergado balance del papel de los comunistas en la dura batalla contra la dictadura, imprescindible a la hora de enfrentar

las nuevas responsabilidades derivadas de un proceso político que abría tantas perspectivas, una llamada reconversión, más bien integración, de las vertientes partidarias provenientes de la cárcel, del exilio y de la acción clandestina o legal, en particular del último período dictatorial, no bien resuelta, más diferencias políticas en torno a no pocos aspectos del pasado vivido, fueron generando tensiones a las que el derrumbe de la URSS y el campo socialista hizo estallar (Turiansky 2007:172).

En otra publicación posterior el veterano dirigente reiteró la idea de que

se vivía larvadamente en el seno del partido una crisis latente derivada de la falta de balance, crítica y autocrítica, de su actuación en el complejo período que va desde el pachecato hasta la dictadura (17 años en total, de los cuales 10 por lo menos se vivieron en la clandestinidad), así como una no bien resuelta síntesis de las vertientes del exilio, de la cárcel y del trabajo cotidiano fronteras adentro, de las que se nutrió el partido a la salida de la dictadura. (...) El derrumbe de la URSS obró a la manera de un detonante. La confusión ideológica ganó terreno, y buena parte no sólo de los dirigentes históricos, sino también de los nuevos cuadros surgidos en el proceso de apertura democrática, terminaron por abandonar las filas de un partido con el que dejaron de sentirse identificados. En este proceso de crisis y fractura, todos los ingredientes no resueltos adecuadamente en su momento, y que ya fueron mencionados en párrafos anteriores, quedaron sumergidos ante la dimensión del derrumbe del campo socialista y de la Unión Soviética... (Turiansky 2010:155).

En la investigación realizada por Ciganda, Martínez y Olivari los autores afirman que

en los testimonios se llega a afirmar categóricamente que todos los problemas mal resueltos del PCU en cuanto a su vida interna, podían ser absorbidos con cierta armonía si el desplome del socialismo real no hubiera sido el contexto en el que el mundo y el PCU vivían. En todo caso, la opinión no es unánime y los autores pensamos que es equivocada. (...) Falta de autocrítica, el asunto del aparato armado, la forma de encarar las conductas de los prisioneros, la mala preparación para la clandestinidad, la ausencia de mirada retrospectiva sobre actitudes tácticas en los primeros tiempos de la dictadura –“el asunto de los cuatro y siete”- desfilaban por ese terreno farragoso. Todo ello estuvo presente en la ausencia. Fue parte de los silencios poblados de voces susurradas, de gestos inentendibles, de abandonos de filas, de resentimientos, de desconfianzas. Nada de todo ello tuvo que ver con las buenas o malas punterías de Gorbachov y su equipo o con el muro berlinés (Ciganda et al 2012:229-230).

Carlos Yaffé sostiene que

Desde el inicio de la discusión quedó claro que la renovación que se le proponía al PCU, era (...) su liquidación, siguiendo mansamente el camino emprendido por el PCUS. Claramente, esta situación formó parte de la profunda crisis del Movimiento Comunista Internacional, que en el marco de la lucha a muerte contra el Imperialismo a escala mundial, provocó la derrota de la experiencia socialista en la Unión Soviética y Europa del Este.

Entre las causas de la crisis enumeradas por el autor están

el corte brutal de la dictadura con todas sus repercusiones en la vida del mismo, pero y fundamentalmente, en la vida de cada uno de sus miembros. La imposibilidad de ensamblar experiencias vitales traumáticas y disímiles, más allá de los propósitos de la llamada reconversión del Partido. Metodologías de trabajo preponderantes en el período postdictadura que en nombre del centralismo democrático lo violaban sistemáticamente. Carencias en la elaboración teórica producto del desconocimiento colectivo de las transformaciones sufridas por la sociedad uruguaya. Falta de discusión política en los organismos y el consecuente resecamiento de su funcionamiento, y la incapacidad posterior de asumir colectivamente la lucha ideológica desde un ángulo constructivo. La derrota de los países del Este europeo, con sus repercusiones teóricas, políticas y anímicas. Anestesiamiento del pensamiento dialéctico, sustituido por superficialidad en el análisis, iniciativas puramente tácticas o recursos propagandísticos. El no ser ajenos a una tendencia mundial de retroceso de las fuerzas progresistas y revolucionarias.

En resumen, mientras que desde la academia se destaca más la relevancia del factor exógeno, el resto de los autores buscan resaltar más los aspectos internos de la crisis. Este trabajo, sin pretender desmerecer la incidencia que tuvo el escenario internacional, especialmente en la crisis ideológica y en el estado anímico de los protagonistas, intenta desarrollar la postura que enfatiza más los factores endógenos.

Ejes de análisis

La literatura sobre adaptación partidaria¹, basada en el estudio de partidos europeos, y en menor medida, latinoamericanos, es un instrumento útil para este estudio de caso.

¹ La adaptación partidaria es definida como “una serie de cambios en la estrategia y en la estructura, llevados a cabo como reacción a cambios en las condiciones del entorno, o en previsión de ellos, que

Un eje de análisis es la capacidad de los dirigentes de diseñar y ejecutar estrategias óptimas ante los desafíos del entorno teniendo en cuenta todos los elementos de la estructura de la competencia política. En el éxito o fracaso a la hora de intentar convencer a afiliados y votantes de la certeza de la nueva estrategia juegan un papel fundamental las características organizacionales del partido. Según Kitschelt (1994) en un partido caracterizado por una fuerte institucionalización pero donde los líderes tienen amplia libertad de acción la probabilidad de que triunfe un proceso de adaptación es mayor que un partido donde los militantes tienen un peso determinante. Por el contrario, para Panebianco (1982) y Levitsky (2005) en una estructura partidaria excesivamente burocratizada es mayor la probabilidad que líderes innovadores no logren impulsar sus estrategias renovadoras que en un partido con baja rutinización.

Analizar la forma en que se creó un partido y como se este se fue consolidando es para algunos autores el principal elemento a tener en cuenta para entender la persistencia de ciertas características organizacionales (Panebianco, 1988:50) o ideológicas (Ware, 1996:47). Según el marco teórico del llamado Institucionalismo Histórico

el momento de formación del partido es una 'coyuntura crítica'. A partir de ese momento, la identidad del partido se reproduce siguiendo una lógica predefinida. (...) Desde este punto de vista, las instituciones son '*path dependent*': una vez que adoptaron cierto diseño (o cierto rumbo) tienden a reproducirlo. Una vez que toman por cierto camino el costo marginal de abandonarlo tiende a ser más alto que el de mantenerse en él. (...) El pasado importa porque actúa como freno, conspirando contra la innovación. Sin embargo, (...) generalmente las instituciones van cambiando sin que nos demos cuenta. Gracias, además, a esos procesos de cambio, las instituciones logran adaptarse a nuevos desafíos y sobrevivir (...). El Institucionalismo Histórico, por tanto, no ofrece solamente pistas para entender la continuidad de una institución. También ayuda a entender los cambios (Garcé, 2012:15).

La clave está en comprender que incentivo puede tener un partido en arriesgarse por un viraje que puede significar una pérdida de su posición hegemónica. Tal vez el temor en perder esa influencia sino se decide emprender un cambio estratégico. Si el partido no cambia en un mundo que cambió, no será capaz de retener su base de apoyo. O la creencia en que el precio, la pérdida de inserción social, vale la pena si se cree en la necesidad de adoptar nuevos principios. No se puede seguir defendiendo ideas en las que nos se cree. En otras palabras, la cuestión pasa por comprender si se trata de una decisión racional o una de carácter principista.

favorecen la capacidad de un partido para satisfacer su 'objetivo primario'" (Harmel y Janda 1994:265).

Así como hay estructuras organizativas que facilitan más los cambios que otras, también hay configuraciones ideológicas que son más permeables a aceptar virajes estratégicos que otras. Desde esta perspectiva, la matriz ideológica fundacional de un partido puede constituir un ancla demasiado pesada para permitir un cambio de rumbo institucional. Por ejemplo, en su estudio sobre el PCU Garcé afirma que el internacionalismo, doctrinarismo y aversión al disenso interno, aspectos que distinguían el bagaje ideológico de los comunistas desde los orígenes de la organización, no eran precisamente las mejores condiciones para permitir un viraje estratégico (Garcé, 2012:17). Los militantes de los partidos socialistas o socialdemócratas calificados por Panebianco como “creyentes” y por Kitschelt como “ideólogos” son menos proclives a aceptar una modificación del discurso si consideran que esta atenta contra la tradición ideológica del partido. También Levitsky reconoce que los activistas más identificados con la tradición partidaria pueden ser un serio obstáculo a un proyecto de transformación del partido. En este punto si parece haber un acuerdo en la literatura sobre adaptación partidaria. Un partido tendrá mayor posibilidad de recorrer con éxito un proceso de adaptación cuanto menor sea el peso de su ideología. Para Kitschelt esta no explica que un partido termina optando por impulsar una estrategia que lo condena a fracasar en términos electorales pero si porque se descartó tomar otro rumbo.

Otro eje de análisis se refiere al aspecto cultural. Un partido heterogéneo en cuanto su integración social puede mantenerse unido en torno a ciertos principios ideológicos y valores básicos consensuados y por ciertas prácticas y hábitos compartidos. Cuando se impulsa un cambio en este sentido, ya sea por una fracción o por la mayoría de los dirigentes, que puede ser interpretado por una parte del partido como un cuestionamiento a la cultura identitaria del partido la tensión puede llegar a un enrarecimiento en las relaciones humanas y hasta terminar en una escisión.

¿Cómo adaptarse a un nuevo entorno?

Los cambios en el contexto le plantearon al PCU una serie de oportunidades y desafíos. Entre los primeros estaba el buen momento electoral del partido (reunía casi un tercio de los votos del FA y se identificaba con el impulso renovador de la Perestroika) y del FA (que recientemente había encontrado un prometedor candidato al gobierno municipal de Montevideo). Entre las restricciones se destacaba la incertidumbre en torno a la situación del bloque socialista, la derrota del “voto verde” en el referéndum de 1989 para derogar la Ley de la caducidad punitiva del Estado y la escisión sufrida por el FA en ese mismo año.

Los dirigentes eligieron el momento correcto para iniciar el proceso de adaptación. Un magro resultado electoral posiblemente hubiera mezclado el debate sobre la renovación con un debate crítico sobre la performance electoral. Así como la perestroika fue la respuesta que dieron los dirigentes del PCUS a la crisis en que se encontraba la URSS, la renovación fue el intento de los dirigentes del PCU de adecuarse a la nueva situación. Es común que los partidos inicien un proceso de debate estratégico luego de sufrir un traspie electoral (como fue el caso de algunos partidos comunistas de Europa Occidental durante los años ochenta) pero no fue el caso del PCU. Si bien la lista integrada por el PCU pasó a ser la segunda más votada dentro del FA en 1984 con respecto a las elecciones anteriores, la caída porcentual en relación a los votos del FA no fue significativa (pasó de un 32.9% en 1971 a un 28.2% en 1984). La crisis empezó antes de la elección de noviembre de 1989, en que recuperó el primer lugar con el 46.9 % de los votos del FA, pero se instaló con toda virulencia después, cuando el partido consiguió el mayor número de parlamentarios de su historia y ocupó cargos de relevancia en el primer gobierno de izquierda de Montevideo.

Los dirigentes buscaban con la renovación hacer frente a la “crisis de militancia” que vivió todo el sistema partidario uruguayo y en particular la izquierda a fines de los años ochenta. El entusiasmo que movilizó a cientos de miles de uruguayos (en particular a los jóvenes) desde 1983 hasta 1989 por la recuperación democrática primero y luego por intentar la eliminación de la Ley de Caducidad se fue disipando gradualmente al no poder ganar la Intendencia de Montevideo en las elecciones de 1984 por parte del Frente Amplio (FA) y al no poder derogar la ley de caducidad en el referéndum en abril de 1989. El triunfo electoral del FA en Montevideo en noviembre de ese año no parece haber impedido que esta tendencia se revirtiera.

Crisis de liderazgo

La crisis ideológica coincidió con una crisis de liderazgo. En diciembre de 1989 fallecía Rodney Arismendi, quien había sido el líder indiscutido del PCU desde hacía 44 años. Su lugar fue ocupado por Jaime Pérez, quien no era ningún advenedizo ya que había ido siendo preparado cual delfín monárquico para la sucesión². El partido eligió bien al principal conductor del proceso, aunque cuando Jaime Pérez fue designado no se avizoraba el giro que terminaría impulsando. Si bien no tenía el perfil de teórico que había caracterizado al líder

² El cambio se produce en 1988 a pedido del propio Arismendi, de 75 años, no sin antes preparar a su sucesor al proponerlo sucesivamente como primer secretario de la departamental de Montevideo antes del golpe de Estado, primer secretario del partido en la clandestinidad durante la Dictadura y secretario general adjunto luego de la misma.

histórico Rodney Arismendi, era considerado un héroe de la resistencia clandestina y de la cárcel. Los hechos posteriores demostraron que estas condiciones no fueron suficientes. Claro que nadie podía estar preparado para una situación en que se puso en cuestión ya no sólo la ideología sino la propia existencia del partido. Al igual que con la perestroika soviética el proceso reformista de los comunistas uruguayos terminará con la caída del líder. Gorbachov y Pérez no sólo perdieron el liderazgo de sus partidos, también terminaron fuera de los mismos. Tal vez exigieron un cambio demasiado repentino a sus bases. Muchos testimonios coinciden en que Jaime Pérez fue superado por la crisis. Probablemente Arismendi hubiera timoneado la crisis de otra forma. Éste generaba confianza, alimentaba la fe, fomentaba el orgullo de ser comunista. Pérez sembró dudas, multiplicó la incertidumbre y propició el camino para que muchos dejaran de lado algunos elementos propios de la identidad comunista. Puede suponerse que su liderazgo actuó como amplificador de la crisis de confianza que sufrieron muchos comunistas y no como amortiguador de la misma. En un partido tan vertical, las vacilaciones del Secretario General no podían sino potenciar las dudas de los demás cuadros dirigentes y de los militantes (Garcé 2012:231).

La mayoría de los dirigentes que se identificaron con la renovación pareciera que calcularon mal la profundidad que debían imprimirle al proceso. Luego de haberse asegurado el control de los máximos organismos de decisión radicalizaron tanto sus planteos que llegaron al punto de alejarse demasiado de la tradición partidaria. Siguiendo a Kitschelt es evidente que los renovadores no elaboraron una estrategia óptima. Podría afirmarse que sus planteos eran excesivamente radicales para la cultura comunista. Pero esto no parece demasiado relevante para explicar por qué se retiraron antes de librar la batalla decisiva en el Congreso Extraordinario en abril de 1992. No parece que haya sido un problema de cálculo, sino de pérdida de fe en las convicciones que los identificaban con el partido.

Esto tuvo dos consecuencias inmediatas: contribuyó a que se organizaran los opositores a la renovación y que se produjera una división entre los propios renovadores. Se fueron fortaleciendo los contrarios a la renovación mientras que sus impulsores se fueron dividiendo, perdiendo fuerza y disgregando en forma gradual, empezando por la mayoría de los “ultrarenovadores” que renunciaron antes del Congreso Extraordinario.

En síntesis, los renovadores eligieron bien el momento y, por sus antecedentes, el actor que lideraría al proceso, pero eligieron mal la profundidad, no tuvieron unidad de acción y algunos desistieron de luchar por defender sus posiciones en las instancias decisivas.

La incidencia del sistema de partidos

Según la teoría de Kirchheimer sólo los partidos “catch all” pueden ser grandes partidos. Los pequeños se caracterizan por buscar retener los votos de un determinado sector social u oponerse a determinada reforma. Este principio no se aplicaría al PCU antes de las elecciones de 1989 pero sí podría explicar porque el proceso se aceleró luego de estas. El considerable aumento de los votos podría haberse interpretado como un espaldarazo de los electores al inicio de la renovación, lo que había impulsado a los dirigentes a profundizarlo.

Para Kirchheimer un viraje de este tipo tiene sus limitaciones para un partido comunista. El discurso revolucionario puede quedar sólo como una referencia ritual pero no puede ser abandonado del todo en aras del nuevo partido “de todo el mundo”, so pena de perder la lealtad de su clientela electoral. Este “camino del medio” es riesgoso pero puede conducir a ganar votos hacia la derecha sin perder demasiados votos por la izquierda. Esto no parece haber sido considerado por los dirigentes del PCU cuando comenzaron a impulsar un partido más atractivo para los electores. Por otra parte el PCU no llegó nunca a ajustarse a las características de un partido catch all enumeradas por Kirchheimer (o de un partido profesional electoral al decir de Panebianco). No se dio un proceso de desideologización, no se fortaleció el peso político de los líderes en detrimento de los militantes de base, ni el partido debilitó sus vínculos con los sindicatos.

Las tensiones entre lo nuevo y lo viejo que resalta Panebianco en las organizaciones que se transforman marcaron todo el proceso de renovación del PCU, pero no deberían haber desencadenado una crisis en un partido con un alto nivel de institucionalización.

De acuerdo a Panebianco y Kirchheimer un grado excesivo de fragmentación del sistema de partidos hará más difícil un cambio del partido. El número efectivo de partidos electorales registró un valor de 3 en 1984 y alcanzó un máximo de 3.5 en 1989 cuando surgió el Nuevo Espacio (Yaffé 2005:59).

Al quedar el FA como único partido opositor relevante y sin un desafío importante que viniera desde la izquierda estaba dado el escenario para crecer electoralmente hacia el centro del espectro político. Este mismo razonamiento sobre el FA y los partidos tradicionales podría aplicarse al PCU en relación a la interna del FA. Si pretendía competir por el espacio de centro izquierda dejado por el PDC y el MGP al retirarse de la coalición debería necesariamente moderarse. Pero, ¿qué tanto podía aggiornarse sin arriesgarse a perder votos hacia la izquierda?

Por la teoría de la competencia racional de los partidos de Kitschelt los dirigentes del PCU al proponer la renovación deben haber considerado tanto el grado de fragmentación de la izquierda como el poco peso que tenía la izquierda radical (llamada por él “libertaria”). En el momento en que se inició la renovación (primer semestre de 1989) Uruguay tenía un alto

grado de fragmentación de la izquierda (dividida entre el Nuevo Espacio y el FA, y esta última dividida a su vez en cinco grandes fracciones) y la izquierda radical era débil (por lo menos a nivel electoral, aunque no tanto a nivel sindical). De acuerdo a la teoría de Kitschelt el PCU debería haber optado por impulsar un cambio semimoderado que, aunque no le garantizara el triunfo electoral les permitiera aumentar significativamente su peso en la coalición de izquierda. El quiebre del FA dejó un espacio a la derecha de la coalición y no había una izquierda radical fuerte que significara un riesgo relevante como para restarle votos al PCU. Si ésta fue la premisa que tuvo en cuenta la dirección del PCU no hay duda de que resultó acertada. En las elecciones de 1989 la lista impulsada por el PCU alcanzó el 46,9 % de los votos del FA y la izquierda radical (representada principalmente por el MPP que se creó ese año) obtuvo un modesto 10,8% de los votos de la coalición. Es discutible que tanto fue el corrimiento hacia la derecha. Abandonar la idea de la dictadura del proletariado, aceptar las propuestas programáticas que había hecho el MGP, y apostar a una campaña publicitaria más frenteamplista que comunista, pueden haber sido pasos en ese sentido. Pero fue un desplazamiento hacia el centro que se puede calificar como moderado ya que el PCU continuaba denunciando a la socialdemocracia como cómplice del capitalismo y no renunciaba a la ideología marxista-leninista ni a seguir defendiendo a los países del “socialismo real”.

La incidencia de la estructura interna

Si la lectura que pueden haber hecho los dirigentes comunistas del sistema político parece haber sido correcta, no puede decirse lo mismo con respecto a su diagnóstico sobre la situación interna. De acuerdo a la teoría, la masa de afiliados, calificados por Kitschelt como “creyentes” (orientados por convicciones), deberían haber seguido a sus dirigentes “oportunistas” (orientados a cargos), especialmente en un partido como el PCU, tan vertical y con tanto rechazo a las fracciones. La estructura organizativa del PCU, y en especial el centralismo democrático, les daba una importante ventaja a los dirigentes sobre los afiliados que quisieran desafiarlos. Los renovadores tenían a casi todo el CC y el Comité Ejecutivo, a todo el Secretariado, incluyendo al Secretario General, que en la tradición comunista siempre ha gozado de una autoridad prácticamente indiscutida. Sin embargo decidieron abandonar sus posiciones de poder, algunos cuando perdieron la Conferencia Departamental de Montevideo en 1991 y otros cuando perdieron el Congreso Extraordinario en 1992. Antes podrían haber expulsado a la fracción desafiante. Pero no quisieron hacerlo. Toleraron que se organizaran, permitieron que recolectaran firmas para convocar un congreso extraordinario y aceptaron finalmente se impusieran en este. ¿No quisieron contradecirse con su discurso democratizador

o perdieron la fe en sus convicciones? Cundió el desánimo, perdieron capacidad de propuesta y de organización. Incluso llegaron a pensar que ni siquiera valía la pena que el partido siguiera existiendo por fuera de los demás partidos socialistas del FA. Sea como sea, la teoría intrapartido de Kitschelt aplicada en un partido donde los dirigentes tienen mucho más poder que los afiliados no explica por qué los renovadores fracasaron en su intento de imponer una estrategia de moderación.

La estructura organizacional del PCU no parece haber conspirado contra la emergencia de un liderazgo renovador. Por el contrario, en una primera etapa los renovadores se aseguraron un amplio respaldo en el XXI congreso realizado en 1988 y en el XXII congreso de 1990 en que fueron electos para los organismos superiores de dirección sus principales representantes. Había cierto margen para competir por el poder entre los diferentes actores ya que los organismos de dirección eran elegidos formalmente por las bases. Pero fue recién a partir de que se iniciara la renovación que la flexibilización llegó a su máxima expresión. El ejemplo más ilustrativo en este sentido fue la Conferencia Departamental de Montevideo en 1991 donde llegaron a competir dos planchas de nombres, una con los candidatos identificados con la renovación y otra con los opositores.

No todos los tipos de instituciones toleran los mismos grados de adaptación (Panebianco:1993). El modelo leninista de partido facilita la comunicación vertical y dificulta el debate horizontal. El principio del "centralismo democrático", característico de los partidos comunistas, no contribuyó a generar las condiciones óptimas para un debate transversal. Las propuestas pueden surgir tanto de la Dirección como de las bases y pueden ir en ambas direcciones (aunque lo más usual, no por impedimento estatutario sino por hábito, sea de arriba hacia abajo) pero el contacto entre militantes de diferentes agrupaciones de base se limita a los actos, congresos u otras actividades no cotidianas. Las propuestas pueden ser discutidas y de hecho lo son ya que lejos ha quedado el temor de los afiliados por una persecución de tipo estalinista que pudo haber existido en el partido antes de 1955³. Pero una vez tomada una decisión se espera que todos los involucrados se comprometan en su aplicación, aunque hayan quedado en minoría, y sigan las directivas de los líderes. Como todo partido comunista se rechazaba la idea de formar fracciones y recién se reconoció la existencia

³ En ese año una fracción liderada por Rodney Arismendi desplazó a Eugenio Gómez y a su hijo, secretario general y de organización respectivamente, acusándoles de fomentar el culto a la personalidad. A partir de ahí la nueva dirección impulsó una nueva teoría de la revolución para el Uruguay basada en un proyecto de acumulación de fuerzas durante el cual se irían construyendo alianzas en el plano social y político-partidario para romper el aislamiento en que se encontraba el partido con respecto al resto de la sociedad. Pero este viraje interno no significó un revisionismo en el plano internacional. Se seguía entendiendo que la principal contradicción era entre el campo capitalista y el campo socialista y que por ende cualquier crítica a la URSS beneficiaría a sus enemigos. No fue hasta que Kruschchev, el nuevo líder soviético luego de la muerte de Stalin, denunciara al año siguiente las prácticas de su antecesor que el PCU se posicionó como antistalinista.

de tendencias cuando ya la situación era inocultable luego del XXII congreso partidario en 1990. Resulta paradójico el hecho de que los que aparecían como los defensores de la tradición partidaria terminaran formando una fracción para poder desbancar a la mayoría de la Dirección del partido.

Todos los testimonios señalan que en los diferentes organismos del partido se discutía mucho. Pero nunca para confrontar las directivas principales creadas por la Dirección. Marisa Silva y Ana Laura De Giorgi han investigado acerca de las características de la cultura comunista. Posiblemente si hubiera sido un partido con una mayor cultura en debates de carácter ideológico y estratégico podría haber evitado un desgaste tan acelerado y traumático. Asimismo si se hubiera visto como algo natural que diversos correligionarios con opiniones en común pudieran unirse sin el riesgo de ser catalogados despectivamente de fraccionalistas y sin el corsé del “centralismo democrático” tal vez no se hubiera vivido como algo tan traumático las confrontaciones entre las distintas tendencias.

Algunos afiliados podían considerar como una contradicción que el partido tuviera una prédica externa de valoración de la democracia y una práctica interna que podía ser percibida como excesivamente centralista⁴. Si bien no había restricciones en el derecho a expresarse libremente también es cierto que no era sencillo lograr incluir en la agenda partidaria un tema que no estuviera plantado por la Dirección⁵.

En síntesis, era un partido más preparado para la conspiración de acuerdo a la matriz leninista, que para el intercambio de ideas en forma vertical (en ambas direcciones) y horizontal. Este modelo pudo haber contribuido a que el partido pudiera sobrevivir a la dictadura como organización clandestina, a pesar del alto número de muertos y presos, pero puede haberse convertido en un obstáculo para el debate interno cuando el partido volvió a la legalidad⁶.

⁴ Así lo denunciaba un afiliado: “El secreto, el misterio, es el poder de la burocracia. El comité ejecutivo del partido se reúne en secreto, vota en secreto, propone los miembros del comité central futuro en secreto, nadie sabe en el comité central qué votaron los integrantes del comité ejecutivo respecto a ellos mismos. Si violan ese secreto está corriendo serios riesgos de perder el poder, como en una verdadera logia. Si el partido no acepta que hay compañeros que están luchando para instalar la democracia interna, si se impone la mayoría del ‘aparato’ sobre la mayoría militante, entonces el partido morirá” (Revista 5comentario, n°1, mayo de 1990, pág.49).

⁵ Algunos militantes entrevistados recordaban que a la salida de la Dictadura realizaron varios pedidos de revisión de lo actuado por el partido en el período previo al golpe de Estado que fueron desatendidos por la Dirección. Finalmente se formó una comisión que escuchó los planteos, pero no tuvo consecuencias prácticas.

⁶ El dirigente Enrique Rodríguez explicó la pervivencia de la tradición verticalista del PCU como una nefasta consecuencia de la vida “militarizada cuando la clandestinidad. Nos definimos como centralismo-democrático: cuando la represión centralismo (para mantener el secreto), cuando la democracia hay que ampliar espacios de discusión, pero no tenemos cultura del debate interno. Todavía los cambios no se han efectuado. Volvimos a un país golpeado: con atraso teórico de la dirección, en

El Frente Amplio como contención

La existencia del FA permitió contener las tensiones internas de los comunistas. Siguiendo a Panebianco en su planteo acerca de la existencia en los integrantes de toda organización de incentivos selectivos e individuales, podría haberse dado una competencia entre los incentivos provenientes del PCU con los provenientes del FA. Si para los afiliados existen alternativas externas al partido (Panebianco ejemplificaba en términos de identidad, en términos de servicios de asistencia o de oportunidades de movilidad ascendente, pensando en los partidos socialistas y comunistas decimonónicos) más difícil será para los líderes ejercer un poder oligárquico. Para los comunistas uruguayos descontentos con el desenlace del proceso de adaptación tenían en el FA una alternativa que los cobijaba y que los salvaba de quedar a la intemperie (que no habían tenido los comunistas de otros países)⁷.

Según Panebianco

cuanto más fácil sea encontrar en el mercado remuneraciones alternativas, tanto mayor llegará a ser el control que se ejerce sobre las zonas de incertidumbre y tanto menos desequilibrados a favor de los líderes serán los juegos de poderes verticales; esto es, tanto menor será, en igualdad de condiciones, su libertad de maniobra (Panebianco 1993:80).

En el caso del PCU los militantes que discrepaban con el viraje que quería imponer la mayoría del Comité Central no abandonaron el barco sino que dieron lucha por imponer sus ideas. Los que se terminaron yendo fueron la mayoría los dirigentes (y de los afiliados) identificados con la renovación ya sea integrándose a otros grupos frenteamplistas o limitándose a ser independientes.

¿Una oligarquía democrática?

economía, en distribución de la clase obrera, con una cultura achatada" (Alternativa Socialista, nº 197, 1/11/1989, artículo de Carlos Montero).

⁷ Panebianco pensaba en los militantes de los partidos de oposición europeos del siglo XIX. En el PCU de fines del siglo XX la alternativa de abandonar el partido para seguir militando en las filas del FA no sólo era válida para los afiliados de base sino también para los dirigentes. En la actualidad se pueden encontrar muchos exdirigentes del PCU como dirigentes de otras fracciones frenteamplistas o como independientes.

La llamada ley de Hierro de la Oligarquía de Robert Michels expuesta en 1911 “en su estudio sobre sindicatos y partidos políticos, resumía las conclusiones alcanzadas por él acerca de la creación, supuestamente inevitable, de tendencias antidemocráticas en el seno de movimientos que eran esencialmente democráticos” (Olson 1992:3). El PCU anterior a la renovación incluía la posibilidad de que las bases propusieran a los dirigentes (tanto de los organismos de base como los intermedios y superiores) pero solía prevalecer la tradición de validar los candidatos presentados por el organismo superior. Desde 1988 se impulsaron cambios que podrían apuntar a debilitar la ley de “Hierro de la Oligarquía” (como la elección por la afirmativa o por la negativa para la elección del CC, el voto secreto, la consulta plebiscitaria, la formación de dos planchas de nombres en la elección de la dirección departamental de Montevideo de 1991). Es lógico esperar que el reclamo por una mayor democratización provenga de fracciones o afiliados que no ocupan cargos de relevancia en el partido. Pero en el caso del PCU lo llamativo es que los que más se preocuparon por poner énfasis en la democratización interna y en denunciar el autoritarismo del sistema imperante en la URSS fue la mayoría de los dirigentes. Es plausible creer que lo hicieron para fortalecer su posición y no, como terminó sucediendo, para perder su posición hegemónica.

Los que se enfrentaron a la propuesta de la dirección no dudaron en utilizar todos los mecanismos que estaban a su alcance (la convocatoria de un congreso extraordinario a través del recurso estatutario de la recolección de firmas y la práctica fraccionalista contradiciendo la tradición comunista) para alcanzar su objetivo que era lisa y llanamente derrotar al oficialismo. Tanto unos como otros estuvieron dispuestos a llevar sus planteos hasta las últimas consecuencias que podría ser la ruptura del partido, es decir tirar por la borda toda la acumulación de fuerzas que habían logrado obtener.

Los dirigentes identificados con la renovación y sus desafiantes resolvieron el dilema inclinándose por la racionalidad individual. Los primeros fueron condenados a perder la dirección (por que abandonaron la lucha interna o porque fueron derrotados en el congreso extraordinario) y los segundos en dirigir un partido disminuido y debilitado. Pero resulta difícil aplicar esta teoría a un colectivo que cultivaba (aunque con éxito irregular) la camaradería entre sus miembros.

Si las fracciones minoritarias siguen sus ideas contrapuestas a la mayoría hasta el límite de romper el partido pierden todos pero si no marcan sus diferencias con claridad pueden quedar como cómplices y pierden apoyo interno. Los renovadores no quisieron expulsar la fracción porque se presentaban como “democráticos” pero también porque eso era un costo muy alto, la unidad que siempre había sido venerada como una virtud del PCU se perdería. En cambio la fracción prefirió perder afiliados pero no perder la identidad del partido. Estos

resolvieron el dilema al optar por mantener los principios que para ellos eran tan caros a la identidad comunista.

Los estudiosos debaten acerca de qué parte de la acción política puede ser explicada como una acción racional con arreglo a fines (este tipo de acción es una estrategia para obtener un determinado fin: el actor se orienta por sus conveniencias: escoge el medio más conveniente para alcanzar la meta deseada) y qué proporción se orienta con arreglo a valores (el actor no realiza cálculos costo-beneficio: simplemente, dirige su acción en función de sus valores, principios, ideas). Parecería que tanto en la acción de los renovadores como de los históricos se aplicaría el segundo caso.

El poder de las ideas y la cultura

Como vemos las teorías racionalistas y estructurales sólo explican una parte del problema. La teoría de la cultura política aplicada al caso del PCU puede contribuir a compensar esta deficiencia explicativa. La cultura política

está compuesta por valores y prácticas, que son producto de un continuo proceso de construcción colectiva, no de una socialización primaria ni de la psicología individual de los militantes. (...) Es un producto colectivo, resultado de la experiencia vivida y compartida. Los valores y las prácticas se producen, se aprenden, se adquieren e incluso se contestan, en interacción con los demás. No se encuentra en los documentos, en los estatutos, en la reflexión teórica, sino en la experiencia intersubjetiva (De Giorgi 2011: anexo 1).

Desde esta perspectiva la crisis del PCU podría también deberse a una pérdida del sentido de pertenencia, a un debilitamiento de la creencia en ciertos valores y en la necesidad de cambiar ciertas prácticas identitarias de los comunistas. Este enfoque puede ser útil para comprender algunos aspectos del proceso como por ejemplo el tenor que alcanzaron los debates internos, el por qué tantos comunistas se desafiliaron, y por qué algunos renovadores se retiraron antes de la instancia decisiva del Congreso Extraordinario de 1992. Tal vez sintieron que ya no sentido luchar por algo (unas formas organizacionales, algunas ideas, ciertas prácticas) en lo que ya no creían. ¿Hasta dónde podían llegar los miembros del partido a cambiar en su forma de ver el mundo y su propio partido? La renovación de 1955, que terminó con el alejamiento del Secretario General Eugenio Gómez, posiblemente no tuvo mayores consecuencias porque no atentaba contra los pilares de la ideología comunista. Pero los cambios propuestos por Jaime Pérez fueron considerados demasiados removedores para muchos comunistas. Su propuesta de crear un gran partido socialista con contribuciones de

otras fuerzas de izquierda pudo ser vista como una amenaza de terminar con una tradición de culto a la organización partidaria.

En el discurso del partido siempre estuvo presente la defensa de la democracia pero se marcaba también la distinción entre la democracia "burguesa" y la democracia "socialista". Luego de la dictadura, con todos los sacrificios que sus militantes sufrieron, hubo una revalorización de la democracia.

La valorización de la democracia liberal no significó que el PCU siguiera denunciando sus defectos. La definición de "democracia avanzada" en 1984 como un reconocimiento de los valores democráticos pero cargándolos de contenido social significó también una apuesta a ampliar sus alianzas y, por ende, su caudal electoral. En la Conferencia Nacional de 1985 el partido levantó la consigna "avanzar en democracia hacia una democracia avanzada", dando a entender tanto que la democracia era un régimen que reunía las condiciones para aproximarse a las metas programáticas de la izquierda como también recordaba el carácter insuficiente de la misma para satisfacer las expectativas de cambio en un sentido progresista.

El marco teórico del Institucionalismo Histórico resulta útil para comprender tanto las continuidades como los cambios graduales de una institución. Para los casos de "virajes rápidos y significativos" hay que "echar mano de acontecimientos exógenos, fabricando argumentos ad hoc" (Garcé, 2012:15). La configuración ideológica fundacional del PCU conspiraba en contra de las intenciones renovadoras de la dirección del partido. Según Garcé tres dimensiones, presentes desde la fundación del partido en 1921, resultan claves para entender la evolución del mismo. El internacionalismo puede haber jugado a favor de la renovación hasta 1989, es decir mientras la perestroika era interpretada como un intento democrático de salvar al socialismo, pero puede haber jugado en contra cuando el "socialismo real" comenzó a desmoronarse. El carácter de partido deductivo, que hace depender su estrategia y táctica de una doctrina general creando confianza en la justeza de la estrategia adoptada por la dirección, podría restar la flexibilidad necesaria para hacer un viraje renovador. También el monolitismo ideológico y la aversión al disenso podrían ser un difícil escollo para la implementación exitosa de una nueva estrategia heterodoxa. Tal vez no lo fuera para reconstruir el partido luego de la dictadura pero si para asentar las bases mínimas necesarias para la tolerancia y el debate interno a partir de 1989.

El poder político de las ideas explicaría por qué fracasaron los dirigentes renovadores a pesar de su posición hegemónica. El intento de golpe de Estado en la URSS del 20 de agosto de 1991 fue un shock exógeno de tal magnitud que condujo a la publicación del 1 de septiembre del documento "El ocaso y la esperanza", que contenía

la propuesta de Jaime Pérez de autodisolver el partido en el seno de un partido de ideología socialista más amplio, lo que desencadenó el comienzo de la diáspora de miles de afiliados (Garcé, 2012:228).

Esta teoría se aplica para la etapa culminante del proceso pero para comprender por qué en 1989 los dirigentes comenzaron la renovación y especialmente porque los enfrentamientos entre las distintas posiciones adquirieron un nivel tan radical hay que remitirse a otros factores. Hay que tener presente que las heridas dejadas por la dictadura al partido aún no estaban cicatrizadas aunque muchos afiliados, entre ellos muchos dirigentes, las creían superadas. La forma en que se intentó reconstruir el partido luego de la dictadura, el aire triunfalista que se quiso imponer luego de una derrota de doce años puede explicar porque los dirigentes perdieron tan rápidamente la confianza de buena parte de los afiliados (Ciganda et al:2012).

El partido ya estaba en crisis cuando se comenzó a caer el bloque socialista. Estaba malherido, en parte por el daño que le hizo la dictadura y en parte por decisiones propias que fueron interpretadas como erróneas por una parte del partido. Un partido con una estructura ideológica demasiado rígida para facilitar un debate de realineamiento estratégico tan removedor como el planteado por la dirección del mismo.

Bibliografía

Ciganda, Juan Pedro; Martinez, Federico; Olivari, Fernando (2012): *¿Nos habíamos amado tanto? Crisis y peripecias de un partido*. Montevideo, Uruguay, Editorial La bicicleta.

De Giorgi, Ana (2011): *Tribus de la izquierda. Bolches, latas y tupas en los 60*. Montevideo. Editorial Fin de Siglo.

Garcé, Adolfo (2002): *Ideas y competencia política en Uruguay*, Montevideo, Ediciones Trilce.

Garcé, Adolfo; Yaffé, Jaime (2004): *La era progresista*, Montevideo, editorial Fin de Siglo.

Garcé, Adolfo (2012): *La política de la fe. Apogeo y reconstrucción del PCU (1985-2012)*. Montevideo, Uruguay. Editorial Fin de Siglo.

Levitsky, Steven (2005) *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires. Siglo XXI

Harmel, Robert; Janda, Kenneth (1994): *An Integrated Theory of Party Goals and Party Change*, Journal of Theoretical Politics 6, n° 3: 259-287. Citado por Levitsky, Steven (2005). *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Kirchheimer, Otto (1992): *El camino hacia el partido de todo el mundo*, pág. 44, en Calanchini, Juan (comp): *Partidos políticos: tipos de partidos*, Cuadernos de Ciencias Políticas, volumen 3, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Ciencia Política; Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo.

Kitschelt, Herbert (1994a): *Los partidos socialistas en Europa Occidental y el reto de la izquierda libertaria. Explicaciones racionales y no racionales de las estrategias de los partidos*. En Wolfgang Merkel (ed.): *Entre la modernidad y el postmaterialismo. La socialdemocracia europea a finales del siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial, págs. 121 – 174.

Kitschelt, Herbert. (1994b). *The Transformation of European Social Democracy*. Cambridge, UK: Cambridge University Press. Citado por Levitsky, Steven (2005). *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Levitsky, Steven (2005): *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires, Siglo XXI.

López D'Alesandro, Fernando (2012): *La crisis del Partido Comunista de Uruguay (1989-1992)*. Inédito.

Olson, Mancur (1992): *La lógica de la acción colectiva. Bienes públicos y la teoría de los grupos*. México, D.F. Editorial Limusa.

Panbianco, Angelo (1988): *Political Parties: Organization and Power*. Cambridge, UK: Cambridge University Press. Citado por Levitsky, Steven (2005). *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Panbianco, A. (1993): *Modelos de partido*, Alianza Editorial.

Silva Schultze, Marisa (2009): *Aquellos comunistas*, Montevideo, Taurus.

Toledo Casanova, Aníbal (2008): *Los comunistas y la historia uruguaya*, Montevideo, Ediciones Orbe libros.

Turiansky, Wladimir (2007): *Una historia de vida*. Montevideo, Uruguay, Editorial Fin de Siglo.

Turiansky, Wladimir (2010): *Los comunistas uruguayos en la historia reciente (1955-1991)*. Montevideo, Uruguay, Editorial Fin de Siglo.

Ware, Alan (1996): *Political Parties and Party Systems*. Oxford: Oxford University Press. Citado en Garcé, Adolfo (2012): *La política de la fe. Apogeo, crisis y reconstrucción del PCU 1985-2012*. Uruguay. Fin de Siglo Editorial.

Yaffé, Carlos (2007). *Sobre el proceso de construcción del partido Comunista de Uruguay*. Tomo 1. Montevideo, Ediciones PCU.

Yaffé, Carlos (2010). *Sobre el proceso de construcción del partido Comunista de Uruguay (1984-2009)*. Tomo 2. Montevideo, Ediciones PCU.

Yaffé, Jaime (2005): *Al centro y adentro. La renovación de la izquierda y el triunfo del Frente Amplio en Uruguay*, Montevideo, Linardi y Risso.